

DE MAESTRO PRIMARIO A PROFESOR DE
LA UNIVERSIDAD

*Amaury B. Carbón Sierra**

No se quiere lo que no se conoce, decían los antiguos; y de ser cierta esta sentencia, difícilmente mi vida se hubiese orientado hacia el magisterio, en torno al cual, sin embargo, ha girado y gira aún; porque, dada la situación socioeconómica y política del país antes de la Revolución, hartamente conocida y estudiada, y la de la escuela pública en particular, no hubiera tenido ni la necesidad ni la oportunidad de probarme como maestro y descubrir lo que hoy reconozco como una vocación raigal, generadora y unificadora de otros intereses.

Nacido en 1942 (realmente en 1941) en la zona rural de Vega de Samá, Banes, provincia de Oriente, tuve la suerte de poder contar en períodos más cortos unos y más largos otros, con maestros competentes y abnegados, a los cuales no he dejado de recordar con cariño y agradecimiento en circunstancias específicas o en recuentos como éste. Al estímulo y la generosidad de uno de ellos, Ulises Bové Castillo, ya fallecido, y por supuesto a la comprensión y el esfuerzo de mis padres, debo haber podido continuar estudios inicialmente hasta el cuarto año de Bachillerato en las ciudades de Banes y Holguín. A él agradezco palabras de aliento como las estampadas en una libreta al Primer Premio de Quinto Grado, donde reconocía mi esfuerzo y amor al estudio. Le debo también que, en un grupo donde había otros valiosos condiscípulos, me seleccionara para participar en La Habana en los actos por el Centenario del Natalicio de José Martí, figura por la que siento profunda admiración.

* Universidad de La Habana.

Mi primera experiencia como docente tuvo lugar a los 16 años en la Escuela Rural N^o 38 Ana Lola Castillo, próxima a casa, en los meses finales de la lucha insurreccional. La petición de tal desempeño me la hizo un maestro normalista de Holguín de apellido Ochoa, teniente de la Columna N^o 16 Enrique Hart Dávalos. Él era el encargado por su mando de hacer cumplir en la zona la orden del Comandante Raúl Castro, jefe del II Frente Oriental Frank País, de que en los territorios liberados por el Ejército Rebelde continuaran las clases donde hubiera escuelas y se abrieran aulas donde no existieran. En mi caso sustituía a la maestra propietaria, que al producirse los acontecimientos, se hallaba en la ciudad. Fue una labor breve, hermosa, pero no exenta de riesgos. No existía ninguna garantía, ni la bandera blanca que izábamos, de que el ejército del régimen, en su rabia y desesperación, no ametrallara la escuela. Máxime cuando la decisión de los padres de enviar a sus hijos a clases, entrañaba un apoyo a “los barbudos”, como cariñosamente los llamábamos entonces. Fue por ello que entre todos los vecinos hicimos un inmenso refugio que daba cabida a los aproximadamente cuarenta estudiantes. Recuerdo que más de una vez, ante la cercanía de las avionetas, tuve que hacerlos entrar en él, lo cual se realizaba disciplinadamente a pesar de la urgencia. Confieso que para mí fue una difícil prueba no haber sido yo de los primeros en correr hacia su interior, y haberme mantenido afuera sereno hasta el final, cuando ya todos estaban dentro. Es decir, que tuve que empezar por ser maestro de mí mismo y asumir otros riesgos cuando la columna se fue a la toma de Cueto y quedamos a expensas de las represalias de la guardia rural. Como la escuela era de seis grados, de ocho a diez de la mañana atendía a los niños de primer grado, que eran los más dependientes; y de diez a una, a los de segundo en adelante hasta el grado sexto. Por suerte, mi hermana Nancy conservaba algunas libretas de cursos anteriores, y por ellas dictaba mis lecciones. Trataba siempre de que todos estuvieran haciendo algo, y si se podía establecer alguna relación entre los contenidos de un grado y otro, mejor. El material escolar lo facilitó mi padre, dueño

de una pequeña tienda mixta, establecimiento muy característico del “campo”, en el que había víveres y una pequeña muestra de otros artículos, que alguien podría necesitar de apuro antes de ir a otra barriada o a la ciudad. Así pues, con mayores deseos que posibilidades de hacerlo bien, cumplí con la tarea asignada, la primera en nombre de la Revolución. De este modo, comenzaba por entonces a escala mínima a hacerse realidad en diferentes puntos de la Isla el programa del Moncada.

Consumado el triunfo revolucionario, me dirigí a la Escuela Normal para Maestros de Holguín; pero en ese centro no tenían ninguna disposición referida a los que fuimos maestros rebeldes, como se rumoraba, por lo que continué el bachillerato.

Vino luego la Campaña de Alfabetización y aunque pertenecía a la Brigada Conrado Benítez, me vi obligado a regresar a casa al llamado de mi padre, que había quedado solo por el tratamiento, hospitalización e intervención quirúrgica de mi madre en la capital; por ello debí conformarme con ser Alfabetizador Popular de cinco personas en mi zona de residencia. Todavía me asombro —aun en contra del consejo del poeta Horacio de no asombrarse de nada— de la rapidez con que aprendieron a leer y escribir, lo que atribuyo a la euforia y pasión con que se vivieron esos años. Al declararse el país Territorio Libre de Analfabetismo, la *teacher* Angustia, una de las responsables en la zona, me recomendó a la JUCEI como Maestro Popular. Aprobado por ésta, ocupé el quinto lugar en el escalafón municipal con el que pude obtener en propiedad la Escuela Rural N^o 52 Miguel Teurbe Tolón de Bajo el Cerro, de Yaguajay. El salario era de \$112.65 y el Ministerio de Educación centralmente se encargaba de expedir el cheque al portador, que se cambiaba en cualquier tienda, sólo con la firma. Allí era director de aula y maestro de primer grado. Otra maestra impartía por la tarde los grados restantes. Para llegar a esta escuela recorría diariamente a caballo por lomas y pendientes varios kilómetros, tal vez más de diez. No recuerdo haber faltado a clases. Sólo la crecida del río podía impedírmelo, no así el temor al fango y las tempestades u otras calamidades. Pero como todo tiene su

lado bueno, aquella circunstancia me dio la posibilidad de usar como pares de medias las que en los últimos años habían quedado “viudas”, experiencia por la que muchos hemos pasado. Estaba convencido de que difícilmente quien al encontrarse conmigo y viera mis zapatos y mis medias por el lado del caballo al que se me acercaba, daría la vuelta por delante de éste y mucho menos por detrás. Era, en fin, una oportunidad única, que aproveché muy bien. Ya por entonces las medias y los pañuelos, o mejor dicho, el derecho a un bono para su adquisición, se otorgaban en las reuniones de los CDR o en las de las Asociaciones campesinas. Todavía no se había establecido la libreta de abastecimiento ni la de productos industriales. Recuerdo que en una ocasión, como si hubieran adivinado mis carencias, me lo concedieron a mí, y no niego que me puse muy contento; al fin y al cabo era también un reconocimiento o consideración por mi tipo de trabajo. Poco tiempo después éramos los maestros los que entregábamos bonos para zapatos a los alumnos que más los necesitaban. Aún conservo las listas de los beneficiados. Deficiencias metodológicas aparte, que debo suponer o no ignoro, mi legado fue haber demostrado con mi presencia sistemática en el aula un alto sentido de la disciplina y del deber, una gran responsabilidad, y en alguna medida, de espíritu de sacrificio. Gestioné también para aquella escuela tan apartada un mobiliario nuevo, que con mis propios recursos hice llegar allí. ¡Qué distantes ya mis recuerdos en el tiempo, pero cuán vivos aún muchos de ellos!

Por ostentar también lo que se llamaba el mejor derecho escalafonario, los dos cursos siguientes los desarrollé en la ciudad de Banes mediante interinaturas en aulas de sexto grado de las Escuelas José Tey y Frank País. En ellas me sentía más a gusto, pues los contenidos de las clases tenían un peso mayor y podía recorrer diversas asignaturas y temas de mi agrado, que sabía les serían útiles a los alumnos en su vida diaria y en su comprensión del mundo, aun cuando no continuaran estudios, pues creo que todavía no eran obligatorios o lo eran sólo hasta sexto grado. Me refiero al Español, las Matemáticas, la Historia de Cuba, la Geografía con

la descripción de las nubes, los volcanes, etcétera, y otras materias más. Rimaba para mis alumnos, como recurso mnemotécnico y su empleo en los matutinos, la biografía de Céspedes y otros mensajes educativos. Por ese tiempo fui dos años financiero de 100% de cotización de una sección sindical territorial, que abarcaba escuelas del centro y de varios repartos del pueblo, algunos distantes hasta tres kilómetros. Fue una verdadera hazaña. Pero no me faltó apoyo en esta tarea, y sobre todo uno muy importante, el de una maestra, que se ofreció como mi activista en el cobro de dos escuelas. No sólo fue mi colaboradora, sino pocos meses después mi esposa, mi pianista acompañante en las actividades culturales, y con el paso del tiempo la madre de mis tres hijos. Comenzaron a realizarse por aquella época pruebas de nivel de sexto grado, una especie de examen estatal. Los temarios o cuestionarios eran aplicados nacionalmente por los inspectores, hoy metodólogos, y calificados por los maestros más experimentados. Tuve la gran satisfacción, tal vez la primera después de mi buen desempeño como alfabetizador, de que en aquellos exámenes en los cuales no intervine para nada, mis alumnos obtuvieran muy buenos resultados y se me seleccionara maestro de los cursos de verano, algo que en nuestros días pudiera parecer insignificante, pero que en aquellos tiempos era para los iniciados un alto reconocimiento. Creo que esto, el volver a palpar los frutos del esfuerzo, influyó decisivamente para que continuara en el magisterio pero con otra perspectiva y me propusiera nuevas metas, como fue en 1964 mi osada presentación a examen de oposiciones para cubrir una plaza de profesor de Español en Secundaria Básica (¡quién podría imaginar eso ahora!), y cuatro años más tarde el traslado a La Habana con mi esposa e hijos (sólo dos entonces y uno más nacido allá) para realizar estudios universitarios.

Los años que trabajé como profesor en la Escuela Secundaria Básica Conrado Benítez, de Banes, fueron de entrega total a la Revolución. La calidad profesional del claustro —algunos habían sido profesores míos en el Bachillerato— y también la preparación político-ideológica y combatividad de varios de sus miem-

bros ejercieron una estimulante influencia en mí. Creo que como decía el poeta latino, me faltarían los días para enumerar, en mi caso, todo cuanto hice. Preparaba con un gusto extraordinario mis clases, que incluía la elaboración de medios auxiliares, para lo cual me ayudaban mis estudios por correspondencia de dibujo y pintura y mis experiencias como rotulista y miembro de la Asociación de Pintores de Holguín en tiempos de estudiante. Por esta habilidad y afición me convertí casi en el dueño de los murales y aporté ideas para estimular la emulación estudiantil, sobre todo en cuanto a asistencia a clases. Considero que el logro mayor de la Escuela entonces fue haber erradicado el fraude académico en todos sus años y grupos. También fundé dos periódicos que yo mismo mimeografiaba, de los cuales vio la luz un solo número. Uno creo que se llamaba *El Educador* y el otro, *El Divulgador Sindical*. Como diez años conservé ejemplares, hasta que me convencí de que ya habían cumplido su función en la Escuela. Por los títulos, ¡ya se los pueden imaginar!... Una alumna mía, que después estudió acá en la Facultad, Marta Toro, recordaba una de mis iniciativas, la imagen de un niño bien sentado en su pupitre que yo colocaba en las aulas, con una rima sobre lo que era una obsesión entonces en Español: “Cuando vayas a escribir / cuida bien tu ortografía / y recuerda al comenzar / dejar margen y sangría”. Me preocupaba por mi autosuperación, sin desatender lo demás, que era —dadas las circunstancias de aquellos tiempos— quizás más urgente, y la complementaba con mi asistencia sistemática a los cursos de superación en la provincia. En la última evaluación la profesora destacaba “mi perspicacia para la gramática”, yo diría mejor, que mi sensibilidad para apreciarla y disfrutarla, al extremo de que muchos años después tuve una, la de Roca Pons, como libro de cabecera en una zafra. Llegué a dominar todos los contenidos del nivel e impartir los tres programas. Participaba en las movilizaciones de los estudiantes a la agricultura en el receso de Semana Santa y en otras, precursoras de la Escuela al Campo. Todo lo hacía con mucha alegría, lo que me daba fuerzas para atender no sólo varios grupos, sino impartir clases por la noche

de superación a trabajadores de la Construcción y ser asesor de las clases que se ofrecían a éstos por la mañana, antes del inicio de la jornada laboral (1963-64). Simultanear actividades era una urgencia del momento que muchos como yo asumían ante la necesidad de maestros generada no sólo por la creación de nuevas escuelas y la incorporación masiva a las escuelas de niños de todas las edades, que habían dejado las aulas para trabajar o no podían asistir a ellas por otros motivos; sino también por la Campaña de Alfabetización, que tuvo continuidad en los cursos de seguimiento a los alfabetizados y paulatinamente en los de Educación Obrera y Campesina, y luego de Secundaria Obrero Campesina, hasta llegar a los cursos de Facultad. Mi esposa, por ejemplo, trabajaba en una escuela primaria por la mañana, en otra por la tarde, y al salir, atendía dos o tres horas la Biblioteca Municipal. Simultaneando fui también profesor en Secundaria Obrera (1964-65) nada menos que de Matemáticas, lo contrario de lo que enseñaba por el día, asesor regional Nipe de E.O.C.(1965-66), profesor de Español en sesión contraria en otra secundaria urbana, la Cándido Grass, y su director cinco meses por licencia de la titular, profesor por poco tiempo de los Cursos Dirigidos Industriales, e igualmente de la Escuela Básica de Instrucción Revolucionaria (E.B.I.R.): Curso a trabajadores de los centrales de la región y clases a dirigentes del Regional del Partido. Con ese cúmulo de actividades pude llegar a ser vanguardia, a pesar de los méritos extraordinarios de otros compañeros como Iván Thompson, que era todo un paradigma de maestro y revolucionario, e integrar desde su fundación el movimiento de Activistas Pedagógicos y la Brigada Frank País del Llano, en la que ocupé responsabilidades. Igualmente fui profesor guía (Instructor) de los Cursos de Superación Educativa (ISE) en el curso 1967-68 al tiempo que recibía clases superiores de Ángel Pérez, un hombre cultísimo como pocos, padre del profesor Ángel Pérez Herrero. Por otra parte, el trabajo sindical en la Escuela y mi proyección en otras esferas propició que en el primer proceso de la CTC “Que las masas elijan y elijan a los mejores”, me eligieran cuadro municipal no profe-

sional y desempeñara el cargo de divulgación y propaganda en el nivel regional, donde no estaba cubierto. Me convertí en corresponsal de las actividades obreras y sindicales (tres años antes había pasado un curso para ello), llené la ciudad de vallas y carteles con la propaganda que se me orientaba, e influí para que los reconocimientos fueran las *Obras completas* de José Martí y banderas cubanas. Había integrado la Defensa Popular y, posteriormente al reestructurarse ésta, me hicieron, al menos en la práctica, no sé si en papeles, oficial de operaciones de la reserva de la División de las FAR, por mi aptitud y disposición para ese tipo de trabajo. Con este aval llegué a La Habana en julio de 1968.

No disponía de mucho tiempo para matricular la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, pues era el día de cierre del plazo en la Escuela de Letras y de Arte (hoy Facultad de Artes y Letras). La secretaria general Yolanda Montané me dio la oportunidad de traer más adelante de Oriente o pedir allá los documentos que me faltaban. Me aconsejó, sin embargo, que examinara todas las asignaturas de ciencias y letras, y no sólo las pendientes del bachillerato, ya que se promediaban en una calificación única, y eso me haría más fácil el trámite. Así lo hice. Había una prueba de selección para todos los aspirantes, la cual consistía en un dictado y una composición sobre un tema de actualidad: los sucesos en Checoslovaquia. De aplicar estos ejercicios, se ocupó el doctor Salvador Bueno. En los cristales de la Secretaría aparecían las listas de los aprobados. Mi esposa era quien miraba si mi nombre aparecía en ellas, y luego yo me atrevía a confirmarlo con mis propios ojos. El mismo temor y ansiedad experimenté cuando aparecieron los otros listados. Después vendría el anuncio para la entrevista, que la hacía un profesor y dos representantes de las organizaciones juveniles. Fue entonces cuando conocí no sólo a la doctora Mirta Aguirre, con quien me relacionaría más cuando ella era miembro del Consejo Asesor del Ministro de Cultura y yo, el secretario de actas, sino también a Marina Esturo Carbonel, mi profesora más tarde en el Curso introductorio, y a Adolfo Cruz, a quien atendí cuando impartió como adjunto Latín en Lenguas.

La entrevista fue breve y cordial y al término, la doctora Aguirre expresó su convicción de que por todo cuanto yo me había esforzado hasta ese momento y mi vocación, llegaría a ser profesor de la Escuela. Esto lo supe por Marina, y mucho después por ella misma, que, no obstante, me recordó más de una vez que tenía una plaza para mí en el Instituto de Literatura y Lingüística, que dirigía. Ofrecimiento semejante debo agradecer, también como un halago y un reconocimiento a mi trabajo, al licenciado Pablo Pacheco, desde que era director del Instituto Cubano del Libro y después del Centro de Investigaciones Juan Marinello. La primera oportunidad de dar clases en una aula de la Facultad me la ofreció la propia doctora Aguirre en 1970 y fue como profesor de Gramática española en el Curso introductorio de la Facultad de Humanidades, que coordinaba o dirigía la profesora de Historia Leonor Amaro. Tres alumnos míos de aquel curso fueron después profesores de la Universidad.

No tuvimos mi esposa y yo ninguna dificultad en conseguir trabajo de inmediato. La doctora Olga Vilasó, comprensiva y amable, la ubicó a ella en la Secundaria Básica Camilo Cienfuegos, de Lawton, cerca del apartamento donde íbamos a residir mientras cursara los estudios; a mí, en la Pablo de la Torrente Brau, de Mantilla. Lamentablemente el Regional de Educación de 10 de Octubre no pudo cumplir su palabra y garantizarme el horario de la tarde a partir de la una o una y media para que asistiera a la Universidad (las clases comenzaban a las 2:45 p.m.), creo que era mucho pedir. Ante tal contratiempo irresoluble e imprevisto, me vi obligado dos o tres meses después, a solicitar mi liberación y acogerme a la Resolución 258 de la CTC, en lo que conté con el apoyo de tres inolvidables compañeras. Logré, sin embargo, que se me autorizara a hacer sustituciones en la escuela de mi esposa. De esas incursiones mías ocasionales quedó la huella, al menos, en dos profesionales que asombrosamente me reconocieron muchos años después: uno, convertido en maestro; otra, en estomatóloga. Concluidos los dos primeros años de la carrera, opté por la Licenciatura en Lenguas y Literaturas Clásicas, como lo habían

decidido ya mis compañeros y amigos Ángel M. Roda Rial, Ester Noval Viqueira, y Emilio Sánchez Cartas, que por diferentes caminos, llegaron a ser profesores de la Universidad. En diciembre de 1971 la sección de Clásicas me nombra Alumno Ayudante de Latín, y comienzo a prestar servicio en el tercer año del Curso Regular Diurno de Facultad de Español del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, que funcionó un tiempo en el edificio Lasso de la Vega, de Miramar, y posteriormente en otras instalaciones de Ciudad Libertad. Me he sentido siempre satisfecho de haber contado con muy buenos alumnos allí, algunos de los cuales integran el claustro de aquel centro, en el que me mantuve hasta enero de 1974, y con el que no he dejado de mantener vínculos estrechos, aunque no ya tan sistemáticos. Al mismo tiempo explicaba Latín al CPT y Gramática española a Letras y por la noche a Lenguas Extranjeras, donde entre otros amigos, fueron discípulos míos Natalia Revuelta, Elsa Hernández Costales, y Adigio Benítez, quien ocupó cargos como yo en el Consejo Nacional de Cultura.

Durante los cinco años de estudiante asistí a la Escuela Militar de San José de las Lajas y a la Preparación militar de la Universidad, y participé en la investigación socio-cultural en el Escambray, en las movilizaciones a la agricultura, principalmente en el Plan Plátano de Artemisa y las zafras de 1970 y 1971 en Aguada de Pasajeros y en el Central España Republicana; sin contar los trabajos de fines de semana y nocturnos en los muelles, en la imprenta P. Fernández, en las fábricas de jabón y varios productos más y en la Elio Llerena de artículos de aluminio, entre otros. Todo esto requirió un esfuerzo familiar grande, pues teníamos tres hijos menores y mi esposa trabajaba. Vicepresidente de la FEU de la escuela al separarse esta organización de la UJC, fui también elegido joven ejemplar, y en 1973, en reunión presidida por la doctora Iraida Rodríguez, directora de la Escuela, el más destacado de los graduados integralmente.

Aunque había sido asignado a la Universidad al igual que Romualdo Santos, Abel Prieto y algunos compañeros más, casi al

concluir el semestre nos informaron que el Ministerio de Educación nos había ubicado en otros organismos. Por esta razón integré, primero como asesor y meses después como subdirector, la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de Cultura, dirigida por el poeta, diplomático y ex profesor de la Universidad Adolfo Martí-Fuentes. No puedo dejar de decir, al menos de paso, aunque se aleja de mi relato, que mucho aprendí allí de él, de otros valiosos compañeros, y de mi relación con escritores de todo el país, miembros de la UNEAC y de los Talleres Literarios. No obstante, continué impartiendo Latín por las noches en la Universidad, incluso durante los años 1976-1977, cuando me incorporé a la microbrigada de Cultura en Alamar, donde trabajaba diez horas diarias y me desempeñé como jefe de personal del Prefabricado Girón, director de la micro dos meses y obrero, ayudante de albañil, durante un año. Como tal fui seleccionado trabajador ejemplar e ingresé en el Partido. En una de sus escuelas del municipio Plaza resulté el Mejor estudiante del Curso, que estaba a cargo del médico y profesor Alejandro Parisi, una persona extraordinaria.

En ese período de seis años que se extiende de 1974 a 1980, cuando pasé a trabajar de tiempo completo en la Universidad, aparte de mis funciones en el CNC y en el MINCULT, defendí el trabajo de grado *La Latinitas*, que no había sido requisito al graduarme; continué enseñando Latín en el Curso para trabajadores de las Escuelas de Letras y Arte y el de Lenguas Extranjeras, y en el Curso regular diurno de Letras, al tiempo que fui asesor de cuatro profesores que impartían latín, y tutor de una alumna ayudante. Obtuve la categoría docente principal de Instructor Adjunto y, a petición de la doctora María Castro, jefa del departamento, redacté las *Orientaciones metodológicas de Latín II* (1978). Por otra parte, viajé a la URSS al frente de una delegación de escritores; fui jurado de los concursos nacionales *La Mujer en la Revolución*, en reportaje televisivo, y *La Edad de Oro* en música (letra de canción), cuyo premio obtuvo Guido López Gavilán; así como en concursos municipales y provinciales de talleres literarios. Asimismo-

mo, presidí la Comisión de Divulgación de la Esfera del Libro del Ministerio de Cultura, encargada de los Sábados del Libro; sustituí durante trece meses a Mayra Aguilera, la jefa del departamento de Promoción el cual atendía las ferias del libro y exposiciones nacionales y en el exterior, actividades en que conocí y tuve el apoyo de muchos amigos y amigas, que mi corazón desearía nombrar; integré más de un año el Comité Preparatorio del Buró Sindical y, a petición e insistencia de Antonio Núñez Jiménez y con su colaboración, traduje del latín en 1979 un extenso poema renacentista y otros textos neolatinos relacionados con Cuba, que fueron el inicio de mi ya larga actividad como traductor, que culminó recientemente con la localización y traducción del latín de la *Metafísica* de Félix Varela de 1812, dada por perdida.

Durante los últimos 26 años, dedicados por entero a la Universidad, he logrado mi realización completa como profesional. Añadiendo poco a lo poco, como aconsejaba Hesíodo, he hecho mucho más de lo que hubiera pensado o me hubiera propuesto en cada una de las etapas de mi vida. Lo primero fue robustecer mi formación con la matrícula y evaluación de numerosos cursos de postgrado, estudios y entrenamientos, impartidos en la facultad, los cuales suman la elevada cifra de 45, cinco de ellos ofrecidos por profesores de universidades de París, Salamanca, Madrid, Barcelona, Valencia. De esos cursos y de las investigaciones por plan, principalmente sobre la tradición clásica y el neolatín, y de estancias en España y México, se han derivado 35 ponencias en eventos científicos nacionales e internacionales, seis de ellos realizados en el extranjero; más de 150 publicaciones en revistas, folletos y libros colectivos, 24 de ellas en seis países (Argentina, Brasil, México, Estados Unidos, España y Bélgica), las cuales comprenden artículos, traducciones del latín, orientaciones metodológicas, glosarios, reseñas... Fruto de todo ello ha sido, directa o indirectamente, mi tesis de Doctorado en Ciencias Filológicas *El latín en Cuba*, defendida en 1995, destacada de Universidad, mención anual de la Comisión Nacional de Grados Científicos, en 1996, y Premio Anual de la Academia de Ciencias de Cuba en

1999; y otros cuatro premios, dos en colaboración; cuatro menciones, dos como coautor, una de ellas en el Premio de la Crítica Mirta Aguirre, y cuatro recomendaciones. A ello debo agregar las conferencias dictadas en México, Italia y España.

Docentemente, transité por las categorías de asistente (1983), profesor auxiliar (1987), y profesor titular en el 2006. He impartido seis asignaturas de pregrado en la Facultad de Artes y Letras, y prestado servicios en las de Lenguas Extranjeras y Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, en la Facultad de Español y Literatura del ISPEJV y en la Facultad de Música del Instituto Superior de Arte. Desde hace más de una década he impartido un curso libre de Introducción al latín en Extensión Universitaria, continuado luego en la Oficina en Cuba de la Unión Latina, e intervenido en ciclos de conferencias magistrales. He tenido a mi cargo seis asignaturas en la Maestría en Filología y Tradición Clásicas, de cuyo Comité Académico soy miembro, dos diplomados, cursos de postgrado y entrenamientos. He sido tutor de adiestrada, alumnos ayudantes, alumnos de alto aprovechamiento, tutor de trabajos de diploma y de curso, tesis de maestría; consultante, oponente y miembro de tribunales de Trabajo de Diploma, de Trabajos de Curso y Tesis de Maestría, del Tribunal de Examen Estatal del Pedagógico, de Doctorados, como integrante del Tribunal Nacional Permanente del Grado de Doctor en Ciencias Filológicas y el de mención en Lingüística Hispánica, Exámenes de Mínimo de Idioma Español y Categorías docentes de Asistente e Instructor, y del tribunal de la Municipalización. Desde el 2004 soy miembro del Consejo Universitario de Postgrado. Paralelamente me he desempeñado como segundo jefe del departamento de Lingüística y Letras Clásicas durante siete años y jefe dos años de él y de la Cátedra de Filología y Tradición Clásicas, profesor principal del Colectivo de Letras Clásicas (1989-1996) y jefe de la disciplina de Letras Clásicas desde 1989, año en que elaboré los 16 programas del Plan de estudios C y dos Orientaciones metodológicas de Latín III y IV en colaboración; profesor guía y coordinador de año durante 18 años; miembro de la Comisión

de Carrera de Letras (2000-2002); presidente y miembro de los Tribunales de Exámenes de Ingreso a la Educación Superior por más de diez años; miembro de la Comisión Nacional de los Pedagógicos del Ministerio de Educación, que elaboró planes y programas de Español (1989); miembro de la dirección del núcleo 23 años consecutivos, aparte de otras tareas; miembro designado del Consejo Científico de la Facultad de Educación a Distancia desde hace 18 años; fundador y miembro de las Cátedras Martiana y Camila Henríquez Ureña de la Universidad de La Habana (1984) y de la Asociación de Lingüistas de Cuba, de la que soy jefe de la sección de Letras Clásicas e Indoeuropeo; miembro del Comité Nacional para la Olimpiada Cultural (2003-2004); del Grupo de Estudios Helénicos; de la Sociedad Internacional de los Amigos de Kazantzakis; miembro de la Sección de Traducción Literaria de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) desde 1999; vicepresidente desde 1996 de la Sociedad Cubana del Libro (SCAL), que preside la doctora María Dolores Ortiz.; colaborador del Centro de Estudios Martianos; miembro fundador de la Sociedad Cultural José Martí; miembro de la *Internacional Association for Neo-Latin Studies* desde 1997, en dos de cuyos congresos (Ávila y Bonn) he participado.

He sido, además, editor-jefe de la revista *Universidad de La Habana* (1992-1997), dos de cuyos números recibieron premio universitario de Investigaciones; y subdirector del Cuaderno *Patria*, de la Cátedra Martiana desde 1999; jurado de los Seminarios Juveniles de Estudios Martianos de Facultad, Universidad, Municipio, Provincia y Seminario Nacional; jurado del Concurso 13 de Marzo de Extensión Universitaria en 1995 y 1997; del Concurso 27 de Noviembre de Ciencias Médicas de 1991; jurado de los Encuentros Debates Nacionales de 1983, 1984 y 1995; jurado del Premio Nacional de la Crítica (1993); jurado del Premio Nacional de Traducción Literaria José Rodríguez Feo de la UNEAC, 1998; jurado del Premio Panlatino de la Unión Latina y la FLEX (1999). He colaborado en Radio Rebelde en la sección "Y me hice maestro" (1999-2001) de la Revista Cultural *Así*, en el documental *Motos*

de Jean Padrón, y con numerosos especialistas e instituciones en la traducción o revisión de frases latinas, glosarios, poemas, texto de canciones, escrituras de propiedad y otros documentos, varios de ellos dados a la luz en libros y revistas por críticos, novelistas, y editores (Margarita Mateo Palmer, David Curbelo, Ana Cairo, Rolando Rodríguez, Guillermo Rodríguez Rivera, Virgilio López Lemus, Esteban Llorach, y otros). He colaborado asimismo con el grupo *Ars Longa* y con la revista *Opus Habana*. En la Emulación Sindical y la estimulación Institucional he obtenido dos premios de Universidad; he sido veinte o más veces destacado de Facultad, y muchas más de departamento; destacado Alma Máter en tres ocasiones, Vanguardia de Facultad en 1983, y Destacado provincial del SNTCED en el 2000.

He recibido ocho condecoraciones de carácter nacional, entre ellas, para no relacionarlas todas, la Medalla de la Alfabetización y las Distinciones José Tey, Por la Educación Cubana y Por la Cultura Nacional, así como el Sello 270 Aniversario de la Universidad. Se me ha concedido en cinco ocasiones el Premio para un Maestro de la FEU, que me estimula una y otra vez a seguir esforzándome, y en el XX aniversario de la fundación de Alamar, fui reconocido como Vecino de Honor por el Poder Popular Municipal. Por último, como agradecimiento por la colaboración que he prestado vertiendo al latín o revisando sinopsis de plantas en esa lengua a especialistas de distintos organismos, uno de ellos, Rafael F. Castañeda Ruiz, del Instituto de Investigaciones Fundamentales en Agricultura Tropical Alejandro de Humboldt, bautizó en 1986 una especie de hongos con el nombre de *Physalidium Carbonis*, gesto que mucho le agradezco.

En resumen, mi vida no ha sido sólo la mía, pues son muchos los que pueden contar historias similares; sino un ejemplo, uno más, del quehacer de miles y millones de personas que hemos vivido en Cuba en el largo período de transformaciones y logros que ha sido la Revolución. En latín: *tempus faciendi* (época de creación).